

Ahora Dios interviene de nuevo en las consolaciones, puesto que sería imposible vivir en estado de abandono. Es Él quien viene a solicitar al alma con el toque de su dulzura. Y el alma acepta con su agradecimiento; pero se ha vuelto más temerosa con los golpes recibidos, que no se atreve a pedir otra cosa.

En el fondo ha comprendido que debe dejar hacer, que debe abandonarse a su Redentor, que por sí sola no puede nada, que Dios lo puede todo...

Y se estará firme e inmóvil, como atada por la fidelidad de Dios... pronto se dará cuenta que las cosas han cambiado, que la marcha, aunque todavía es pesada, va en buena dirección.

Es la dirección del amor; y Dios vendrá como viene la luz después de las tinieblas, el mediodía después de la aurora.

Lo que importa es dejar hacer a Dios.

CARLO CARRETO - *Cartas del desierto*

Viví jugando a demasiadas cosas,
a vivir, a soñar, a ser un hombre.
Tal vez nazca al morir, aunque me asombre,
como nacen, soñándose, las cosas.

Dame tus manos misericordiosas
para que el corazón se desescombre.
Dime si es cierto que, al pensar tu nombre,
se vuelven las orugas mariposas.

Ya de hoy no más me saciaré con nada;
sólo Tú satisfaces con tu todo.
Un espejo seré de tu mirada,
esposados los dos, codo con codo.
Y, cuando pongas fin a mi jornada,
yo seré Tú, viviendo de otro modo.

Sé que los cielos están abiertos
y aún más abierta encontraré la vida.
Ya no seremos más cautivos.
Ganaremos, perdiendo, la partida.
Y, pues hemos vivido estando muertos,
muriendo en luz despertaremos vivos.

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO



Testamento del Pájaro Solitario

Redacción y Composición
RP DANIEL RAMÓN MARTÍN SCJ

ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Año XIV 2009 ~ N° 6



Mirarse al espejo

Cuando florecen las canas

La voracidad es una cualidad muy clara del hombre, incluso del hombre espiritual, del hombre culto, del hombre refinado y – con demasiada frecuencia – del hombre religioso. A ese propósito Jesús nos diría: “Si no han sido fieles en las cosas pequeñas, ¿quién les confiará las grandes?” (Lc. 16,10)

Es inútil repetirlo: somos enfermos, desequilibrados, sensuales, malos. Y entendámonos, todos. Jesús al emitir el juicio sobre nosotros, auténtico, escolástico, dijo: “ustedes que son malos” (Mt, 7,11). Y en la cruz completó el juicio: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc. 23,24) ¡Malos y locos!

Lo somos en las cosas pequeñas y en las grandes. Lo somos indigestándonos y dejando morir de hambre al prójimo y continuamos siéndolo en la oración y en las cosas espirituales.

Pero para detenernos, para bloquear nuestro asalto al cielo, para impedir la indigestión y el engordamiento espiritual en la realidad del Espíritu, Dios ha encontrado un invento radical: la fe desnuda, la esperanza sin memoria, la caridad sin empalagos.

El hombre que después de los primeros pasos de la vida espiritual se lanza a las batallas de la oración y de la unión con Dios, se asombra de la aridez del camino.

Cuanto más avanza más oscuro se pone a su alrededor, cuanto más camina, más amargo e insípido se le hace todo. Para tener un poco de consuelo debe remitirse a las alegrías antiguas, a las de los primeros pasos, a las que Dios daba para atraerle hacia sí. A veces se siente tentado a exclamar: “Pero, Señor, si nos ayudaras un poco más, tendrías más seguidores en tu búsqueda”

Pero Dios no escucha semejante invocación; más aún, en vez del gusto, añade tedio; y en vez de luz pone tinieblas. Y ahí, precisamente a mitad de nuestro camino, no sabemos si ir adelante o volver atrás: mejor... sentimos que vamos hacia atrás.

Pero sólo entonces empieza la verdadera batalla y las cosas se ponen serias. Sí, se ponen serias, ante todo porque se hacen verdaderas. Es decir empezamos a descubrir lo que valemos: nada o poco más. Creíamos, bajo el impulso del sentimiento, que éramos generosos; y descubrimos que somos egoístas. Pensábamos, bajo la luz del entusiasmo religioso que sabíamos orar y nos damos cuenta que ya no sabíamos decir 'Padre'. Estábamos convencidos de que éramos humildes, serviciales, obedientes y comprobamos que el orgullo ha invadido todo nuestro ser, hasta sus raíces más profundas. Oración, relaciones humanas, actividades, apostolados: todo está manchado.

Es la hora de rendición de cuentas; y estas son muy deficientes.

Exceptuada un alma muy privilegiada que ha comprendido desde el principio donde estaba el problema, sin dejarse engañar ni por los hombres ni por Satanás, se ha puesto inmediatamente en el camino áspero y verdadero de la humildad y de la infancia espiritual; la mayor parte de los hombres está llamado a hacer una dolorosa experiencia.

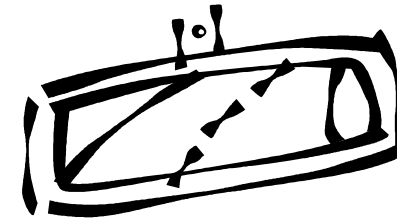
Naturalmente eso ocurre hacia los cuarenta años: gran fecha litúrgica de la vida, fecha bíblica, fecha del demonio meridiano, fecha de la segunda juventud, fecha seria del hombre: "Durante cuarenta años me asqueó aquella generación y dije: Son un pueblo de corazón torcido" (Sal. 44,10)

En esta fecha en que Dios ha resuelto poner entre la espada y la pared al hombre que se le ha escapado hasta ahora tras la cortina de humo, el 'mitad sí y mitad no'. Con los reveses, el tedio y la oscuridad, y más frecuentemente aún, la visión y la experiencia de pecado. El hombre descubre lo que es: una pobre cosa, un ser frágil, débil, un conjunto de orgullo y mezquindad, un inconstante, un perezoso, un ilógico.

No hay límite en esta miseria del hombre; y Dios le deja que beba hasta las heces.

Y aún para los que en esta situación no pecan porque son ayudados por la Gracia, se abre tremenda, ante los ojos, la visión de las realidades verdaderas: Dios, el hombre, el pecado. El alma se da cuenta que camina sobre un hilo; y bajo el hilo ve el infierno merecido cien veces y cien veces cerrado por la misericordia de Dios.

No hay pecado que no haya cometido que no se sienta capaz de cometer. No basta. En lo profundo está la culpa más decisiva, más vasta aún, aunque oculta, que apenas irrumpe en algunas obras concretas, en



las que salen a la superficie del mundo, pero que desde lo profundo, desde los estratos internos de nuestro ser empapa de linfa venenosa y daña estratos muy extensos de nuestra vida: culpa que consiste más en actitudes generales que en particulares que determina la verdadera cualidad del corazón humano, mejor que las acciones; culpa que está oculta, más aún camuflada, porque nosotros a duras penas y frecuentemente y después de largo tiempo podemos descubrirla con la mirada, pero bastante vivía en la conciencia para poder contaminarnos y que pasa bastante más que todas las cosas que confesamos habitualmente.

Quiero decir todas las actitudes que envuelven toda nuestra vida como una atmósfera y que están presentes, por decirlo así, en todas nuestras acciones y omisiones; pecados de los que no podemos desembarazarnos, cosa ocultas y generales: pereza y cobardía, falsedad y vanidad, de las que ni siquiera nuestra oración puede verse enteramente libre; que pesan profundamente sobre nuestra existencia y la perjudican.

Ha terminado el tiempo de los juguetes, de la comedia, de la elocuencia del "como si..." Hemos llegado, al fin, a conocer nuestra propia ignorancia al borde del abismo que separa a la criatura del Creador. Allí no se vive sino de limosna, de la gracia desconocida, impalpable.

Todos los medios se han revelado impotentes, todos los caminos demasiado cortos. La noche divina, impenetrable, nos envuelve, la soledad espantosa, aunque necesaria e inevitable, nos acompaña. Toda palabra de consuelo nos parece mentirosa: tenemos la impresión que Dios nos ha abandonado.

En estado realmente doloroso, la oración se hace verdadera y fuerte, aunque árida como la arena. Es la hora de la desapropiación...

El alma habla a su Dios con su pobreza, con su dolor; más aún, con su impotencia y abyección. Las palabras se hacen cada vez más escasas, más desnudas. Se llega al silencio, que es un paso hacia delante en la oración: porque no tiene límites, mientras que la palabra tiene un límite.

¿Y la gula espiritual? ¡Oh, esa existe siempre! Incuba sobre las cenizas, pero es menos violenta, más prudente, más dominada.